Capítulo 2 - - La Tierra de los Caminos Rotos

Corrió con todas sus fuerzas. Su cuerpo parecía chisporrotear de terror, desde las puntas de los dedos hasta el cabello, y corrió sin detenerse, con desesperación, sin reservar nada.

El monstruo de piel verde era ligeramente más lento, pero solo un poco. El miedo a sus colmillos lo mantenía en marcha, incluso cuando sus piernas perdieron fuerza y se sintieron pesadas, mucho tiempo después de que cada parte de él ardía con un cansancio desconocido para su cuerpo. Sus pies martillaban la tierra blanda, creando un ritmo extraño acompañado por los gruñidos y jadeos de la criatura.

¿Estaba demasiado lejos para mirar atrás? ¿Se atrevía a hacerlo? No, no podía. Su mente empezaba a aclararse un poco ahora que el adrenalina comenzaba a disiparse, pero todavía la sentía allí, persiguiéndolo. La forma en que agitaba las helechas al correr le decía todo lo que necesitaba saber.

Corre. No hay otra opción. Corre o muere. Corre o muere. Corre o muere. Se convirtió en un cántico interior, repetido en su mente. Derecha, izquierda, derecha, corre o muere, derecha, izquierda, derecha—

Algo le golpeó la parte posterior del hombro y lo hizo avanzar de golpe. Un dolor que se extendía lentamente pero profundísimo. Por un momento creyó que se le había roto un hueso, pero mantuvo los pies en su lugar. Le dolía mover el brazo, pero la articulación todavía funcionaba. Gracias a la gracia.

Miró hacia atrás y vio que recogía un garrote de huesos y notó que llevaba ventaja.

La esperanza encendió un destello en sus piernas cansadas y vacías, manteniéndolas en movimiento. Miraba hacia atrás cada tres o cuatro pasos, atento a cualquier lanzamiento más.

Valió la pena. El monstruo verde lanzó nuevamente su garrote, y él giró con rapidez para esquivarlo. El arma voló inocentemente entre las helechas, con suerte para perderse para siempre.

Continuó corriendo en la nueva dirección, acelerando cuando ideó un plan. Corrió hacia un árbol, saltó y trepó por una raíz enorme, aproximadamente a medio camino, donde solo era un poco más alto que él. Rasguñó su parte frontal desde el cuello hasta las espinillas con la corteza grisácea, pero logró cruzar más rápido de lo que esperaba.

No había tiempo para pensar en lo mucho que le dolía.

El monstruo lanzó un chillido frustrado al intentar seguirlo por encima de la raíz, pero sus patas cortas y mayor peso lo ralentizaron.

La segunda raíz era más intimidante que la primera, pero los raspaduras eran mejor que mordiscos. Los rasguños no lo matarían. Consiguió trepar justo a tiempo, impulsándose con brazos y piernas, y golpeándose con desesperación contra la madera.

Rodó por el otro lado de cabeza y cayó de espaldas entre las helechas. Desde allí, salió al claro del prado, manteniéndose lo más bajo posible sin dejar de moverse rápido. Intentó esquivar entre las plantas sin dañarlas ni dejar un rastro, pero no fue perfecto.

Fue bastante bueno. La furia del monstruo verde resonaba en los árboles gigantescos, mientras agitaba las helechas y gritaba. No podía preocuparse por sus huellas, pero tardarían en seguirlas, y esa criatura parecía poco paciente.

Un miedo frío e implacable lo mantuvo en marcha mucho más allá del momento en que su cuerpo quiso detenerse, mucho más allá de que los aullidos de la criatura se desvanecieron a lo lejos y cesaron. Pero su nuevo cuerpo solo podía resistir hasta cierto punto, y cuando colapsó, sus brazos eran demasiado débiles para evitar que su rostro se estrellara contra la tierra.

Un instante después, se encontró enroscado en una bola, llorando suavemente. Ahora era un niño, y sentía más emociones de las que podía controlar. Era una sensación extraña: una opresión en el pecho y en el rostro, un nudo en la garganta, un ardor en los ojos.

No había nada que pudiera hacer para detenerlo. Lloró en silencio, lentamente, hasta que sus emociones quedaron tan vacías como sus brazos y piernas. Luego, permaneció acostado un rato, descansando, sumido en la contemplación y la tristeza.

“Odio esto,” susurró al suelo, cuando sintió que podía hablar sin volver a llorar. No encontró una palabra para describir a la criatura, lo que le llevó a pensar que nunca había visto una como esa antes. El tono desagradable de su piel verde no encajaba con las frondas suaves y los árboles eternos. Parecía tan ajena al bosque como él mismo. Era una especie de hombre horrible y deformado, y conocía algunas palabras, lo que implicaba que era lo suficientemente inteligente como para ser peligroso. Bastante peligroso.

“Realmente, realmente odio esto,” volvió a susurrar. Su mente se resistía a relajarse y a darle paz. Si había un monstruo, ¿habría más? ¿Y qué más había allá afuera? ¿Qué hacía allí? ¿Apareció cuando él apareció?

De hecho, ¿había existido siquiera antes de hoy? Algunas palabras atravesaban su mente, pero no lograba comprenderlas. Resurrección, generación espontánea, desplazamiento temporal…

No tenía idea de qué significaban esas palabras, probablemente porque desconocía el tema. Debía permitir que una palabra surgiera por sí sola, o se escaparía sin que lograra entenderla.

Sin nada mejor que hacer que descansar hasta recuperar sus chispas, permaneció allí un tiempo, mirando hacia el cielo verde. ¿Había llegado de algún lugar en particular? ¿O simplemente había

surgido de la nada? Quizás solo era una pequeña criatura que iría y vendría, sin ser notada y rápidamente olvidada. Tal vez pronto dejaría de existir. Desaparecería.

Pero cuanto más trataba de recordar quién o dónde o qué había sido, más parecía que todo lo anterior había desaparecido para siempre.

“Oh,” susurró. “Si perdí algo, entonces esto no es el comienzo. Y no será el final.” Ese pensamiento le proporcionó un pequeño consuelo.

El hambre fue lo que finalmente lo hizo sentarse y levantar con mucho cuidado la cabeza para comprobar si el monstruo repugnante estaba cerca. Solo después de asegurarse completamente de que ningún sonido ni movimiento interrumpiera la quietud del bosque infinito, se levantó.

Mucho de él estaba rasgado, en carne viva y dolorido. Sangró ligeramente en diez lugares diferentes. Limpió la sangre y volvió a sentir el dolor en su hombro, así como el hematoma profundo que le había dejado el garrote del monstruo. Todo lo que pudo hacer por esas pequeñas heridas fue ignorarlas, y eso hizo.

Miró alrededor y empezó a preguntarse qué debería comer.

Algo suave. Algo que oliera bien y supiera bien. No tierra. No duro como un árbol. Algo distinto. ¿Una fronda?

Arrancó unas pocas hojas verdes de una fronda y las mordió, pero no parecían algo para comer. Movedió la fronda de un lado a otro, inspeccionando dentro de sus hojas y bajo ellas, buscando algo más. ¿Alguna otra parte?

Pequeñas frondas jóvenes. Había unas que crecían del suelo, suaves y peludas, con un color diferente, verde claro en lugar de oscuro. Arrancó una, del tamaño de su mano, con un gran espiral en el extremo, del tamaño de un dedo enroscado.

La llevó a la nariz. Solo olía a tierra y verde, pero su estómago se contrajo. La metió en la boca y la mast posao toda, feliz de descubrir que era tierna y sabrosa, aunque con un toque de hierba. tomó otra, y otra más. Comió hasta llenarse, pero sin sentir que se pasara. ¿Para qué la prisa? Estas pequeñas frondas estaban por todas partes. Nunca se quedarían sin ellas.

Ahora solo necesitaba algo para calmar su sed. Se levantó y volvió a mirar a su alrededor, consciente de que, con un nudo en el estómago, no había en ninguna parte nada que pareciera ser una bebida. Comenzaba a sentir una sed inquietante, especialmente después de correr tanto. Sus piernas y brazos aún se sentían débiles, y su garganta y boca se secaban inexorablemente.

Dio unos pasos en ninguna dirección en particular, tratando de imaginar dónde podría hallar algo para beber, o cómo sería exactamente eso. Algo plano, brillante y húmedo. Un lugar amplio de… un espacio en el suelo hecho de algo apto para beber. Allí no habría helechos. Sería un espacio abierto, y el agua probablemente sería demasiado desagradable, con una tonalidad verde de algas y descomposición.

¡Agua! Eso era. Necesitaba agua. La palabra se convirtió en una idea tan vívida que casi podía imaginar lo que significaba. Corrió hacia un árbol y subió por una raíz extendida, aunque lentamente.

Las raíces eran tan gigantescas que, al llegar al tronco, se encontraba varias veces su propia altura por encima del suelo. Desde esa altura, podía ver mucho más lejos, pero no había nada más que observar. No había movimiento, ni interrupciones en la extensión de los helechos. Ni colinas ni construcciones en la distancia, donde el horizonte se desvanecía en una neblina pálida y sombras misteriosas.

¿Qué era un edificio? Un escalofrío le recorrió el cuerpo, y se volvió para alejarse de aquel pensamiento, por temor a olvidar la palabra y que ésta se le escapara para siempre. Esa era una palabra que quería guardar: la importante palabra, la que nombraba a la civilización, las obras del hombre.

No había razón para quedarse allí hasta que lo descubrieran. Descendió de la raíz hasta un lugar seguro, saltó al suelo y rodó en la tierra para amortiguar la caída. Con la gracia de lo inevitable, se cubrió de barro negro, hasta parecer una criatura surgida de un estanque oscuro.

Una idea curiosa se le ocurrió. A veces, el agua nazca del suelo. ¿Sería eso correcto? ¿Podría cavar y encontrar algo?

Se arrodilló y empezó a retirar con ambas manos grandes bloques de tierra húmeda y negra. Al removerla así, el aroma surgía intenso, profundo y vigoroso. ¿Haría más difícil que lo detectaran si olían esa fragancia?

La tierra rica revelaba diminutos escarabajos y lombrices, hormigas más pequeñas que su uña y demasiado rápidas para atraparlas, todas tratando de escapar de él. Pero no encontró agua. Cuando el hoyo alcanzó suficiente profundidad, y tuvo que inclinarse hacia adelante para seguir removiendo, empezó a sentirse tonto. No había más que tierra, en definitiva.

De repente, algo empezó a reptar hacia fuera del agujero, a unos pocos dedos del nivel del suelo. Un escarabajo, blanco con vetas amarillas y manchas negras. Grande, además —tan largo como su dedo y con el doble de grueso—. Se movía y luchaba con sus patitas cortas y rechonchas cuando lo tomó y le quitó la tierra.

Sin pensarlo, lo metió en la boca y lo mordió. Le costó dos o tres mordiscos que dejara de moverse en su lengua. La parte exterior era algo dura, pero el interior era líquido. Sabía un poco a nueces y pimienta, lo que le hizo preguntarse qué eran esas cosas, además de que tenían un tenue sabor dulce.

Un poco más de excavación le permitió encontrar otros dos escarabajos. Los devoró de inmediato; sus jugos ayudaron a calmar su sed, y resultaba agradable tener algo más sustancioso que los pequeños helechos.

Así, ahora sabía que podía comer esas dos cosas: los pequeños helechos y los escarabajos, con la esperanza de que el líquido los mantuviera menos sediento. Lo que necesitaba ahora era un lugar

seguro para dormir y esconderse, un sitio donde pudiera descansar sin preocuparse por la llegada de otro monstruo verde que pudiera saltarle encima. Y agua. Probablemente, todavía requería agua.

De pie, se volvió y encontró la boca de un perro gigante a apenas dos pulgadas de su nariz. Se alzaba sobre él, inclinándose para olfatear.

Intentó gritar, pero solo logró gemir mientras retrocedía y caía al suelo. El perro era inmenso. Solo sus patas eran más altas que él, con una papada lo suficientemente grande como para arrancarle la cabeza con facilidad, como si fuera una larva. Su pelaje gris, mullido y su actitud calmada no lograban disminuir la sensación de fuerza inconcebible que irradiaba, ni el temor profundo e instintivo que le inspiraba.

Se quedó congelado, incapaz y también reacio a moverse. De alguna forma, sabía que si huía, la bestia lo perseguiría y lo desgarraría. ¿Qué podía hacer? Solo intentar no parecer comida ni un juguete. La impotencia y la desesperación casi lo vencen por dentro, y solo se mantenía firme con una uña.

El perro gigante se inclinó otra vez para olfatearlo, donde él permanecía paralizado en el suelo. Su respiración caliente le azotó, el sonido de sus pulmones era cavernoso y profundo.

Su húmedo hocico tocó su frente. El niño chilló de terror y soltó un chorrito de orina. La criatura olfateó también eso.

No podía sostener su mirada en la del perro. No se atrevía. Esto era demasiado. Todo esto era demasiado.

-¿Qué eres?- preguntó una voz en su mente.

Estaba tan asombrado que se olvidó de seguir teniendo miedo. Miró al perro gigante.

-No eres un duende,- dijo la voz. El perro lo olfateó nuevamente, luego dio vueltas alrededor de él en un círculo. -¿Qué eres?-

Se sintió muy, muy pequeño, sentado en el suelo mientras la bestia inmensa pasaba por detrás de su espalda.

Cuando volvió a dar la vuelta y se paró frente a él, solo podía pensar en la fuerza de sus garras, hundidas en la tierra demasiado cerca de sus pies.

-¡Soy un niño!- gritó de repente.

El perro lo miró con expresión interrogante, inclinando la cabeza. -¿Solo puedes ladrar?- preguntó la voz en su mente.

No, no, no, esto era peligroso. Tenía que hacer que se sintiera feliz. Debía seguir intentando. Tenía que hacer algo.

Se levantó, temblando de pies a cabeza, y con cautela alcanzó a acariciar al perro sobre su hocico. Lo acarició de arriba abajo, intentando acariciarlo. Lentamente, suavemente al principio, y la criatura no le mordió el brazo.

-¿Qué estás haciendo? ¿Por qué no puedes hablar?-

-Puedo,- dijo. No funcionaba. Iba a morir.

-Eres un bebé pequeño, ¿verdad? Yo tengo más de un mes, así que soy mayor que tú. Piensa con la parte ruidosa donde pueda verlo.-

Enfocando toda su energía mental, pensó lo más fuerte que pudo. “¿Hola?”

El perro retrocedió un poco. -Eres un pequeño ruidoso, ¿verdad?-

Lo intentó nuevamente, intentando ser claro y usar solo los pensamientos superficiales, esa parte de su mente que funcionaba con palabras. “¿Hola?”

-Y ya dijiste eso. Entonces, ¿qué eres?-

-Soy un humano.-

-Oh. Nunca había visto uno. Mi madre dijo que los humanos están cubiertos de metal, pero tú no.-

-No, solo soy un niño. Creo que me pasó algo, pero yo—

-Mi madre dijo que no debo molestar a los humanos. Dijo que son plagas.-

-No soy una plaga. ¿Qué eres tú? No sabía que los perros podían llegar a ser tan grandes.

- No soy un perro. Soy un cachorro de lobo.- Las palabras mentales llegaron acompañadas de una imagen de sangre y garras, dientes afilados y ojos amarillos ardientes. Una ferocidad aterradora e implacable. Una ferocidad ante la cual no cabía ceder. -Algún día, seré grande y fuerte, como mi madre. Pero ahora, soy pequeño y joven, como tú. Aunque creo que si mi madre descubre que hablé con un humano, me regañará. Adiós, pequeño humano.-

“Adiós, pequeño lobo,” pensó. “Espera, ¿cómo te llamas?”

- No tengo nombre. No lo necesito.-

“¿Qué tal si te llamo…” Se alarmó, de repente incapaz de pensar en algo. Conocía las palabras; debería saber algunos buenos nombres. Pero no. No pudo recordar ninguno, ni siquiera tener una idea de cómo sonaba uno. Sin pensarlo mucho, exclamó: “Calcetines. Porque tus patas delanteras son blancas, parece que llevas calcetines…”

En cuanto soltó ese pensamiento, comprendió lo mal que sonaba. Todo le parecía equivocado. Esto no era un animal al que se le llamara Calcetines. Era algo que asustaba y majestuoso, no un… un “Calcetines”. Ya no recordaba qué eran los calcetines, de todos modos. ¿Vestimenta para los pies?

- Está bien. Me llamarás Calcetines. Y yo te llamaré Tierra, porque estás todo sucio. Pero tú no me llamarás nada, porque tengo que volver con mi madre ahora, y no volveré. Adiós, Tierra.-

“Adiós, Calcetines,” pensó Tierra.

El cachorro de lobo se dio vuelta y desapareció entre las helechas, sin hacer ningún sonido y casi sin molestar las frondas mientras corría hacia la distancia. Calcetines era tan alto que Tierra podía pasar por debajo sin agacharse, pero se movía en silencio. Un cazador auténtico.

Tierra observó cómo Calcetines desaparecía en la distancia.

Todo volvió a estar en silencio. Absolutamente quieto. Eterno. Espacios abiertos e infinitos, roto sólo por troncos de árboles grises, gruesos y altos como los pilares que sostenían los cielos. Verde arriba y abajo, y él en medio: diminuto, desnudo, sucio, sintiéndose irremediablemente solo.

Revisión #1
Creado 19 abril 2026 06:28:35 por Diana Prince
Actualizado 19 abril 2026 06:28:38 por Diana Prince